



Flor de pasiflora. Fotografía de Lucila Gutiérrez Santana.

Las correrías de Jesús Urueta en la primera década del siglo XX

Ernesto Sánchez Pineda
Universidad Autónoma de San Luis Potosí

Resumen

Debido a las múltiples facetas en las que se desempeñó, la figura de Jesús Urueta es, por decir lo menos, difícil de abarcar en su totalidad. Por ello este trabajo sólo hace un esbozo de sus actividades en la primera década del siglo XX. Se muestra la complejidad de este personaje que muchas veces se asocia con las posturas libertinas de los decadentistas, mientras que, otras veces, se afilia a otras con tintes socialmente comprometidos, más las características del Ateneo de la Juventud. Lo que aquí presento es un trabajo en ciernes que se desprende de manera tangencial de mi tesis doctoral en El Colegio de San Luis.

Palabras clave

Jesús Urueta, intelectual, Ateneo de la Juventud.



San Juan. Fotografía de Lucila Gutiérrez Santana.

The Wanderings of Jesús Urueta in the First Decade of the 20th Century

Abstract

Due to his multiple facets, Jesús Urueta's figure is difficult to cover in his totality. For this reason, the present work is a mere sample of his activities in the first decade of the twentieth century. With it, the character's complexity is revealed. He is often associated with the libertine postures of the decadentists, while at other times with socially compromised postures that are more typical of the *Ateneo de la Juventud*. What I present here is a work in progress, tangentially derived from my doctoral thesis at El Colegio de San Luis.

Keywords

Jesús Urueta, intellectual, Ateneo de la Juventud.

Cuando leí la anécdota sobre Luis Quintanilla y Jesús Urueta, respecto a un día que andaban de fiesta con las coristas del Principal, fiesta que continuó hasta el amanecer; cuando ellas desafortunadamente tenían que partir en tren a Veracruz y ellos (jóvenes caballeros... casados... pero caballeros) se ofrecieron a acompañarlas a la estación, y ahí, a punto de decir adiós en la plataforma, después de unas sonrisas y unos tragos, los convencieron de ir a Veracruz para seguir la fiesta... y de ahí a Cuba... y, como ya estaban en camino, no les quedó de otra más que proseguir hasta Europa, donde estuvieron por más de un mes. Fue en ese momento en el que me dije: "Vale la pena estudiar a este personaje" (Urueta, 1964: 119-120).

No sólo por esto, que sin duda pinta una figura desinhibida, propensa a la distracción y el desenfreno, sino porque la historia, la mayor parte del tiempo, es injusta y deja que la memoria abandone para el olvido a algunos actores que se desenvuelven de manera estridente, acaparando la atención de manera poco relevante si no es para la comidilla literaria y las pláticas de sobremesa. Sin embargo, a veces, estos mismos personajes poseen diferentes facetas y su quehacer más significativo queda tras bambalinas, a pesar de aflorar constantemente en los nodos más significativos del acontecer histórico-literario. Uno de estos casos es el de Jesús Urueta (1968-1920), escritor chihuahuense cuya relevancia en la literatura y en la historia sobrepasan los pocos estudios que hasta ahora se han enfocado en él.

Ahora bien, si en primera instancia una dualidad entre el personaje libertino, apegado a una tendencia decadentista, y otro socialmente comprometido, en total sintonía con los preceptos de los jóvenes del Ateneo de la Juventud, fue lo primero que llamó mi atención. La tarea, una vez sumergido en la investigación, se tornó titánica; sobre todo por las múltiples aristas de este personaje que se iban revelando: abogado, maestro, esposo, modernista, diputado, decadentista, padre, ateneísta, orador, etcétera. Por lo mismo, lo que aquí presento sólo redondea un periodo específico, que va de 1900 a 1910, donde Jesús Urueta ya muestra una personalidad más definida, tanto de sus primeras incursiones literarias y como figura pública. Aquí planteamos que dicho cambio muestra una tendencia de pensamiento y acción que no se desviará hasta el final de sus días, es consecuencia directa, por un lado, de la experiencia del viaje y un primer contacto con las posturas filosóficas que despuntaban en Europa y que tienen repercusiones en los diferentes discursos



antiimperialistas que se gestaban en Latinoamérica, así como su relevancia en el contexto mexicano, donde el régimen porfirista ya encontraba detractores intelectuales de relevancia significativa para crear un movimiento que después se convertiría en el revolucionario.

Es a través de sus colaboraciones en diferentes revistas culturales donde la evolución de su pensamiento se presenta de manera más palpable. No obstante, la madurez intelectual —a diferencia de los jóvenes que apenas se estaban agregando de una u otra forma al campo literario y cultural mexicano— no está peleada con las reminiscencias de un pasado decadentista, el cual se sigue manifestando en la vida privada del chihuahuense. La forma de mantener ambos hemisferios de su vida separados, revela una consciencia sobre el deber y hacer que marca profundamente a los futuros miembros del Ateneo de la Juventud.

Por otra parte, al partir de una restricción contextual se localiza a Urueta en la Ciudad de México, después de regresar de un viaje iniciático y formativo por Europa. La ausencia, sin embargo, nunca fue impedimento para que dejara de participar en los espacios literarios mexicanos, pero sí para que encontrara una voz más distanciada de sus contemporáneos más allegados que se agruparon desde su primera incursión en el mundo cultural, bajo el estandarte del decadentismo. Si bien, se mantuvo una presencia constante y significativa en la mayoría de las publicaciones de relevancia, la actuación del chihuahuense tampoco disminuyó. Las diez colaboraciones que tuvo en la *Revista Azul* (1894-1886), de Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoo, se triplicaron en la *Revista Moderna Arte y Ciencia* (1898-1903), dirigida por Jesús E. Valenzuela. Pero el distanciamiento con respecto al grupo liderado por José Juan Tablada se incrementó. Aquel atisbo de disenso que ya se apreciaba desde 1893 en su texto "Hostia", ahora era más palpable (Urueta, 1893). Hay que recordar que en ese texto el orador reflexionaba sobre la palabra adoptada por sus pares como estandarte, y se alejaba de la noción de decadencia, en el sentido de descenso moral o artístico.

Esto devela tanto al artista como al orador que ya se preocupaba, en cierto sentido, por el compromiso social: posicionamiento totalmente ajeno para el resto de los decadentistas. Sobre todo porque la modernidad, en este sentido, iba acompañada de un grado de libertinaje y decadencia propios de la gran ciudad, los cuales fueron

estandarte de este grupo. Es por ello que los ademanes que los jóvenes poetas exaltaban, podían encontrarse doblando la esquina, al entrar a alguno de estos espacios que ya tienen tinte de leyenda (Gay, 2012: 283). Es decir, la estética desbordaba tanto la literatura como la vida, y aquellos que se dedicaron a juzgar —tanto las páginas como las actitudes— únicamente provocaron que estos jóvenes se mantuvieran vigentes y que su fama se propagara. Después de todo, los *paraísos artificiales* fueron el lugar de encuentro, la vida parisina que habían devorado en las lecturas ahora se reflejaba fielmente en las calles de la Ciudad de México. Cabe decir que: “La bohemia gozaba entonces del prestigio que le confería su origen francés” (Gay, 2012: 263), por lo que: “Beber se convierte en una ocupación refinada y estética. Proliferan los sitios, aumenta la variedad de bebidas, y cada uno compite con la oferta” (Quirarte, 2001: 22).

Por eso no debe extrañar que el distanciamiento que Urueta puso con respecto al resto del contingente decadentista, sólo se diera en la esfera de lo público, pues como recuerda Valenzuela: “Yo no digo que Urueta dará lecciones de moral a Tablada, pues Urueta es inmoral por convicción [...] Si Tablada [en cambio] es inmoral, lo será por cálculo” (2001: 137-138). Sobre lo mismo, dice Pascual Gay:

Desde este punto de vista hay claramente dos Uruetas: el primero, que encuentra en Olaguíbel, Bustillos, Valenzuela, Nervo, espíritus semejantes con los que comparte esparcimientos y diversiones; y el otro [...] más grave y ático, dueño del estrado a la hora de litigar, de la tribuna en el momento de lanzar discursos y soflamas, presidido por la seriedad y rigor de la razón en deuda con la Grecia clásica. Chucho Urueta aporta a contrapelo del grupo de Tablada un interés por el humanismo que será reconocido más tarde por un grupo emergente de jóvenes, que después se arremolinaron bajo el nombre del Ateneo de la Juventud (Gay, 2016: 211).¹

Este conflicto interno perdura durante los primeros años del siglo XX y se refleja, de manera clara, en las contribuciones para la *Revista Moderna*, en donde colabora lo mismo con textos como “Mi sátiro” o bien “Encomio al poeta”:

¹ Sigue diciendo el investigador que: “La melancolía de Urueta quizás explique esa disociación entre su gusto clásico y sus preferencias modernas, entre tradición y progreso; dos ámbitos entre los que se debate a lo largo de esa década marcada por la contradicción y el conflicto íntimo” (Gay, 2016: 218).



El primero refiere a un *topos* de fin de siglo, centrado en el sátiro como símbolo de una juventud al cabo de vencerse dominada por la lascivia y el erotismo; el segundo, en cambio, es una reivindicación del poeta como dueño de la verdad vehiculada a través de la palabra misma. No es aquél que elige ser poeta, sino de quien es elegido por la poesía y, por tanto, está al servicio de ésta. De manera que su voz no es ya particular, sino que se debe a todos y se vuelca sobre la sociedad a la que pertenece (Gay, 2016: 232).

Al regreso de Europa fue crucial que uno de los puntos de reunión de los colaboradores de la *Revista Moderna*, aparte de la casa de Valenzuela, fuera la casa de Justo Sierra, pues con el maestro Urueta encontró un espíritu afín con lo aprendido en su viaje, y en su estudio descubrió un punto donde las ideas que tenía encontraban respeto e incluso apoyo. De esta manera, esa arista que cargaba el pecho con gritos pre-revolucionarios se fortaleció; también es gracias a Sierra que Urueta tuvo contacto directo con la juventud inquieta de principios del siglo XX, pues éste lo recomendó como profesor en la Escuela Nacional Preparatoria. Cabe mencionar que tanto jóvenes como maestros encontraban cierta simpatía por el compromiso social, por un lado gracias a las redes intelectuales latinoamericanas con un claro discurso antiyanqui; por otro, gracias a la situación efervescente de la política mexicana.

Ahora bien, el interés del chihuahuense se puede apreciar en su prolífica faceta de orador, donde se intercalaron dos líneas: una política, explosiva y provocadora; y otra tal vez de igual o mayor relevancia, que exhorta a una rebelión de las ideas a través de una exploración del pasado, un regreso al mundo helénico. Matías Maltrot reconoce la primera cuando apunta:

El ocho de febrero de 1901 pronuncia Urueta ante los estudiantes su formidable discurso "Patria y humanidad". Ataviado de ropajes líricos, este discurso iniciaba la etapa de lucha, la nueva táctica de esparcimiento de nobles y valerosas doctrinas. Pero más tarde los ropajes literarios caerían para presentar el mismo discurso hermoso en su desnudez: disco de ideas con el que Urueta recorrería la República incitando a las masas a la rebelión (Maltrot, 1931: 55).

El otro aspecto, en cambio, se puede apreciar en el discurso llamado "Arenga a la juventud", donde no sólo se anteponen todos los principios básicos sobre los que después de ocho años se erigiría el

Ateneo de la Juventud,² sino que, en el sentido de compromiso social, también refleja el espíritu del humanista e intelectual que exigía la entrada del siglo XX:

¡Divina Juventud! á ti mi arte, á ti mi poesía, á ti mi amor que son sus estrofas helénicas cantará tu gloria, como canta el azul Mediterráneo la gloria de Athenas [...] Con esos fragmentos se han hecho *las patrias*, con esos fragmentos se hará *la patria* [...] una nación es un alma, un principio espiritual. Dos cosas, que, á la verdad, son una sola, constituyen esta alma, este principio espiritual. Una está en el pasado, otra está en el presente. [...] Una nación es una gran solidaridad, constituida por el sentimiento de los sacrificios que se han hecho y de los que se está dispuesto á seguir haciendo (Urueta, 1901b: 74-76).

A un año de este discurso, en 1902, la popularidad y prestigio de Urueta ayudaron para que fuera electo como diputado propietario por el estado de Chihuahua (Curiel Defossé, 1999: 60). Margarita Urueta apunta que por esas fechas se le pide a su padre pronunciar un discurso ante la urna del maestro Ignacio Manuel Altamirano, un hecho que captó la curiosidad de Tarsila Sierra, sobrina de Justo Sierra, y que pronto llevó a que contrajeran matrimonio. Esta unión, en primera instancia, fortaleció la relación que Urueta tenía con el campechano, pero luego tuvo mucho que ver con la fractura familiar cuando el chihuahuense se afilió al Partido Nacional Antireeleccionista (Curiel Defossé, 1999: 60; Urueta, 1964: 63).

A pesar del dato anterior, no abordaremos esta relación porque lo que aquí interesa son las particularidades definitorias para el desarrollo cultural en México, en una época en la que la importancia de los profesores que ejercían su magisterio en la Escuela Nacional Preparatoria era esencial, pues tenían a su merced toda una pléyade de jóvenes con hambre de conocimiento, y donde Urueta tenía un lugar privilegiado; el cual, por sus declaraciones políticas, estuvo a punto de perder, ya que se le quiso nombrar ministro en Persia (regalo de bodas del General Díaz).³ Hecho que refleja un compromiso sobre el ideal del

² El objetivo de la asociación era trabajar en pro de la cultura intelectual y artística, de tal manera que el público en general estuviera involucrado. Se puede consultar para más detalles "Proyecto de estatutos del Ateneo de la Juventud que presenta la comisión nombrada para redactarlos" y "Estatutos del Ateneo de México", en: *Conferencias del Ateneo de la Juventud* (2000: 357-360 y 365-368).

³ Porque: "Desde entonces la política gubernamental comenzaba a desterrar a sus



cual no muchos se pueden jactar, y que a otros tantos, que no gozaran del prestigio intelectual que ya tenía el chihuahuense como orador, profesor y abogado, les hubiera costado mucho más que un exilio.

Algo tiene que ver que en la práctica legal, ese mismo año, tuviera uno de los mayores éxitos. Urueta se perfilaba como uno de los más grandes abogados en el territorio mexicano, dando muestras de valor y coherencia en su discurso como ningún otro. La máxima prueba de ello fue la eficacia al resolver el caso del Tigre de Santa Julia. Su fama como litigante lo posicionaba en un lugar significativo ante el público, el cual explotó para seguir promulgando sus ideas.

Por otro lado, y casi a la par de este suceso, Jesús E. Valenzuela se preparaba para renovar la apariencia y contenido de su revista, y a casi un lustro de su fundación cambió su nombre por *Revista Moderna de México*, el cual conservaría hasta 1911, fecha en que cerró sus páginas. Ese año de 1903, también Urueta publica su primer libro: *Fresca* (ensayos de arte), el cual recupera discursos y ensayos que promulgó o recitó en distintos espacios a finales del siglo XIX (Henríquez Ureña, 1954: 478). Ahí refleja, con sus dedicatorias y tonalidad, una afinidad con el grupo modernista/decadentista, al tiempo que muestra la faceta de escritor alejado del compromiso social, esa arista libertina tan poco estudiada sobre el chihuahuense. También es por eso que cuenta, sobre todo, como una compilación final antes de desbordarse hacia la oratoria y la política.

Con la nueva empresa de Valenzuela, Urueta colabora con dos artículos/ensayos sobre la *Ilíada* y, después de un año de silencio, se comienzan a reproducir algunos de sus discursos, que suman un total de seis. Nueve son las colaboraciones finales del orador chihuahuense, el "Príncipe de la palabra", en los ocho años que dura la revista más relevante de principios del siglo XX. Sin embargo, a pesar de que las contribuciones son menos que en la primera etapa de la revista, la presencia e importancia de Urueta no disminuyeron, sólo se trasladaron a otro ambiente: el práctico; es decir, la escena política y las aulas de la Escuela Nacional Preparatoria.

enemigos: destierro a secas o destierro 'con cartera' de ministro al extranjero, destierro 'honroso' (Maltrot, 1931: 57); sin embargo, Urueta no aceptó partir con esa comisión, aunque sí aceptó la propuesta de Justo Sierra para representar a México, en abril de 1903, en el Congreso Internacional de Ciencias Históricas y en el de profilaxis de varias enfermedades contagiosas, efectuados el primero en Roma y el segundo en Bruselas, junto a los otros dos delegados: Gonzalo A. Esteva y Francisco del Paso y Troncoso (Cfr. Sierra, 1948: 447).

En este último espacio, Urueta dejaba huella en los estudiantes. Ya sea por su facilidad de palabra o por sus conocimientos vastos sobre el mundo helénico, de gran atractivo para los jóvenes en ciernes, y motivo rector para muchos de ellos, como los hermanos Henríquez Ureña, Reyes, Caso y Vasconcelos. Alfonso Reyes recuerda la llegada de Urueta a la preparatoria (1989: 404-407):

El modernismo no tuvo expresión novelística —a menos que aceptemos por tal el bachiller de Nervo y algunos de sus encantadores cuentos—, pero sí contó con un prosista superior y “sensual” orador poético, enamorado de la Grecia francesa y dotado de un extraordinario don para las metáforas relampagueantes y el ritmo de las frases: Jesús Urueta, uno de los mejores mimos que hayan ocupado nuestra tribuna (Reyes, 1997a: 439).

La admiración no fue gratuita, en 1904 Urueta publicó *Alma poesía*, donde compiló las conferencias sobre literatura griega pronunciadas un año antes,⁴ el libro tuvo repercusiones en la juventud, pues refleja una afinidad sobre la cual los miembros del Ateneo forjaron su grupo:

Ese retorno a la sensibilidad griega resultaba esencial para aquellos que sentían las inmensas posibilidades que habrían de expresarse en el dominio de la sensibilidad y las sensaciones. [...] Por ello, los miembros del Ateneo reencontraban en los griegos el valor del irracionalismo y querían subrayar su importancia. Buscaban en el pensamiento griego no tanto un modelo a copiar, sino una identidad situacional y de espíritu (Panabièrre *Apud* Ortiz Bullé-Goyri, 2009: 256).⁵

⁴ Se pronunciaron en el salón El Generalito. En este libro, según Max Henríquez Ureña, “campea su sabio dominio de la ‘prosa artística’”. El libro tiene tres secciones: I.- La poesía épica griega, dividida a su vez en seis apartados; II.- La poesía épica griega. *La Ilíada*, dividida en tres apartados, y III.- Ensayo sobre la tragedia Ática, dividido en cuatro apartados y dedicado al hermano de Justo Sierra: Santiago Sierra. Libro que fue reseñado en España por una figura pilar: Miguel de Unamuno.

⁵ Reyes recuerda: “La afición de Grecia era común, si no a todo el grupo, a sus directores. Poco después, alentados por el éxito, proyectábamos un ciclo de conferencias sobre temas helénicos. Fue entonces cuando, en el taller de Acevedo, sucedió cierta memorable lectura del *Banquete* de Platón en que cada uno llevaba un personaje del diálogo, lectura cuyo recuerdo es para nosotros todo un símbolo. El proyecto de estas conferencias no pasó de proyecto, pero la preparación tuvo influencia cierta en la tendencia humanística del grupo” (1997b: 208).



Los jóvenes, como apunta Pedro Henríquez Ureña, no se aferraron a ninguna secta literaria ni filosófica, sino que estuvieron animados por un espíritu de independencia obtenido por el privilegio de disfrutar las ventajas de la amplia visión cultural de finales del siglo XIX y principios del XX, de la que rescataron lo que consideraron mejor. Es por eso que “el amor a la antigüedad clásica reaparece en ellos con nueva fuerza” (Henríquez Ureña, 2001: 172). Lo que sí, es que ya se apreciaba una necesidad por buscar un lugar propio, el cual se concretó con el nombre de *Savia Moderna*, revista dirigida por Luis Castillo Ledón y Alfonso Cravioto. El espacio duró poco, pero el grupo que ahí se concentró en menos de un año asaltaba la plaza pública con su “Protesta literaria”, grito que se alzaba contra el proyecto de la segunda *Revista Azul* a cargo de Manuel Caballero. El manifiesto circuló de mano en mano y fue publicado íntegramente en el periódico *El Diario*. El impacto de este escrito, aunque breve, fue contundente, y ahora, a la distancia, se puede apreciar la forma en que contribuyó al postulado ideológico con el cual este grupo violentó su entrada al mundo cultural. Sobre ello Gabriel Zaid dice que este acto fue el pretexto para: “Tomar la calle, salir a la vida pública y decir: aquí estamos, miren la fuerza que tenemos, el talento que tenemos, la razón que tenemos” (1997: 86). En la avanzada hacia su movimiento, la juventud beligerante reclamaba su lugar.

Como consecuencia de ello, hubo una manifestación pública en honor al Duque Job, precedida por Valenzuela y Urueta, en la que centenas de estudiantes se vieron tomando la calle bajo el lema de “Arte libre”. En el mismo evento, por la noche, Urueta pronunció un viejo discurso que había hecho para la velada fúnebre de Gutiérrez Nájera. Susana Quintanilla reconstruye este episodio de la siguiente manera:

Urueta se levantó de su asiento, provocando la expectación de la gente. Era el orador favorito de la época y el integrante más querido del primer grupo modernista, “pues su carácter fue siempre atractivo y simpático, en sus egoísmo, en sus corduras, en sus locuras y hasta en sus vicios”. Corto de palabras escritas, largo y elegante en las orales, había hecho de la oratoria una profesión de tiempo completo, que ejercía en sitios múltiples: el Ministerio Público en el que trabajaba de agente, los jurados populares, la Cámara de Diputados, las tertulias literarias de los bares, los paseos y días de campo por Xochimilco, Santa Anita

o el Desierto de los Leones, las sobremesas de las comilonas de asado al pastor y el mole de guajolote a las que era invitado y las conferencias que sobre temas griegos impartía en la Escuela Nacional Preparatoria.

Esa noche en el Arbeu hubo un momento de desilusión cuando Urueta comenzó a repetir el elogio a Gutiérrez Nájera que había hecho para la velada fúnebre de la *Revista Moderna* inmediatamente después de la muerte del poeta. Pero habló de manera tan magistral que a cada párrafo cosechaba aplausos. Los palmoteos se transformaban en ovaciones que estremecieron al teatro cuando el orador improvisó el cierre de su alocución [...] el entusiasmo cesó cuando Urueta, conocido como el "Ruisseñor del porfiriato", salió del recinto sobre los hombros de algunos asistentes (Quintanilla, 2008: 58-59).

Aunque Max Henríquez Ureña, en su *Breve historia del modernismo*, se lamenta que este discurso no se haya reproducido en las páginas de la *Revista Moderna* de México o en cualquier otro espacio periódico, aquí podemos poner el fragmento final, rescatado de su impresión en la primera etapa de la revista de Valenzuela:

El arte de Manuel Gutiérrez Nájera, ese hombre de extraordinaria belleza moral, no alcanzó la sonoridad monocorde y profética de los bardos revolucionarios que sobre la tormenta lanzan las cláusulas ardientes del cenáculo; su obra no chocó con ninguna iniquidad, no se precipitó al combate y a la batalla; sus versos no tuvieron aletazos de águilas bravas; el casco formidable de los hoplitas y de los carros... Pero vosotros, los herederos de su sentimiento y de su forma, tenéis el deber de superarlo; vosotros que recibís en las conciencias el aliento de mil legiones que comienzan á demandar reivindicación; vosotros elaboraréis más amor, crearéis más fraternidad, sintiendo que la voz de todo lo que duerme "el non omnis moriar", verbo de los muertos ilustres, os empuja, con la irresistible fuerza que tiene el espíritu inmortal, hacía el sacrificio fascinante. Iréis, coronados de bendiciones, entonando la palabra de Zola:

"¡Vamos á la humanidad, á la verdad, á la justicia!". (Urueta, 1901a: 58-59).⁶

⁶ Recuerda Pedro Henríquez Ureña: "Pero el número magno, el *clou* de la velada, fue el discurso de Urueta [...] Todo el discurso fue consagrado al elogio del excelso espíritu de Gutiérrez Nájera, excepto las frases finales, consagradas a la actitud de la generación nueva" (Curiel Defossé, 1996: 46).



Urueta, como los hacía desde sus primeros discursos, invita a la juventud a expandirse a nuevas ideas. La retórica que emplea no hace sino abrir las posibilidades del pensamiento en la juventud, pero con una intención clara: que se percaten de que el estancamiento social, político y cultural en el que se encuentra México, debe superarse.

Después de esa noche, los jóvenes aprovecharon la atención para promover durante los meses siguientes algunas series de conferencias, donde el chihuahuense tuvo un lugar importante, porque, como recuerda Julio Torri: “A todo mundo hacemos dar conferencias; lo más difícil es hallar público. Sólo Caso, Urueta y otros dioses mayores atraen auditorio” (Torri, 1995: 260). Ahora bien, a la par de los sucesos estridentes y llamativos a manos de la juventud, la figura pública de Urueta también se puso a la vista de todos. Maderista declarado, en 1908, junto con otros radicales y demócratas formó un club organizador del Partido Democrático, con el propósito de iniciar las campañas políticas para la elección de 1910, donde se esperaba que hubiera una renovación general de los poderes (Urueta, 1964: 127).

La efervescencia política y social que comenzó a principios del siglo, pero que había logrado mantenerse en contención, mostraba claras evidencias de fractura. Urueta comenzó un ataque despiadado contra los científicos con un artículo inicial, llamado “La realidad”, donde se acusa directamente al régimen, al dictador y todo su gabinete de todo tipo de corrupciones.⁷ Por otro lado, el llamado a la juventud, que comenzó a predicar desde su regreso de Europa —según se puede constatar en sus diversos discursos—, daba frutos desde otro frente, donde los jóvenes ateneístas cuestionaban los principios fundamentales del positivismo, atestando constantemente ganchos contra el régimen.

Urueta, desde el diario el *Partido Democrático*, hacía su parte al atacar abiertamente a la figura de Limantour, ministro de Hacienda. Si esto no fuera poco, después volcó sus ataques contra Bernardo Reyes, Ramón Corral y contra el mismo general Díaz, por lo que se convirtió en un blanco que debía eliminarse. Esto no frenó a Urueta, que en seguida organizó encuentros con el candidato Francisco I. Madero y encontró diversas maneras de apoyar su candidatura.

⁷ “Los espíritus sensatos miran con profundo desagrado que el general Díaz, ya porque crea en su poder hacerlo, o bien porque ceda a las inspiraciones del grupo científico, está a punto de cometer el acto más antidemocrático de su vida, designando un sucesor al país” (Margarita Urueta, 1964: 128).

Esta actitud radical, que a principios de siglo sólo se veía en pequeños destellos en algunos de sus discursos, ahora estaba en su punto álgido. Lo que le costó enemistarse con figuras como Luis Cabrera y el cofundador de *Revista Azul*, Carlos Díaz Dufoo, a quien el chihuahuense consideró un Judas por apoyar abiertamente a Díaz.⁸

Se puede decir que había una cercanía y cierta confianza de Madero hacia el orador, a quien pedía consejos. No obstante, antes de que pudiera avanzar hacia la capital, Madero fue arrestado y mandado a prisión en San Luis Potosí. Urueta condenó dicho acto. La revolución se sentía en el aire. Las provisiones escaseaban, los ataques a las casas particulares de los maderistas iban en aumento y se tornaban brutales; sin embargo, el detonante fue la reelección del presidente Díaz el 4 de octubre de 1910, y del vicepresidente Ramón Corral. Madero escapó y en seguida Pascual Orozco se levantó en Chihuahua y Francisco Villa en Sierra Azul. La revuelta había comenzado.

No sólo eso, los primeros diez años del siglo XX, además de ser testigos de todos los movimientos políticos y sociales que llevaron a la lucha armada, y de los cuales Jesús Urueta fue un actor principal, también fueron testigos del nacimiento de la figura del intelectual, misma que renovaba la postura añeja y maltratada del hombre de letras o del artista desinteresado y sin compromisos de finales del siglo XIX. Los jóvenes ateneístas estaban por comenzar toda una serie de proyectos que definirían el panorama cultural mexicano hasta la fecha.

En este sentido, la visión que desarrolló Jesús Urueta, a diferencia de sus pares decadentistas y modernistas, fue la de un hombre nuevo, abierto al mundo, pensador dinámico que repudia el estancamiento. Por un lado, con sus arengas, sus invitaciones, incitó y fue parte de la renovación cultural en la que despuntaron los jóvenes ateneístas; por otro lado, con sus discursos se plantó con firmeza contra la dictadura. Encontró un balance entre el libertino que disfruta tras bambalinas de los placeres y esa figura pública que exige y merece respeto y tiene un compromiso social evidente: la del intelectual. Esta consciencia, como se puede apreciar previamente, es algo que el chihuahuense adquiere con la influencia de discursos europeos y las reformulaciones de los mismos por los intelectuales latinoamericanos, y por otra parte con la situación particular de México, pues la estabilidad

⁸ Pues éste incluso lo acompañó a la reunión que sostuvo en 1909 con el presidente Taft, en Texas.



de la paz porfiriana se encontraba ya en decadencia. El cambio en la cosmovisión del orador se pueden apreciar en el progreso de sus colaboraciones en diferentes medios, donde el tono —en un principio apegado a la estética decadentista— cambia gracias al regreso de la mirada al mundo helénico, pero también a las nuevas pautas del discurso europeo reconfigurado en Latinoamérica, no obstante —sobre todo— a esas exhortaciones a la juventud para estar más involucrada con los eventos insertos en un contexto que se encontraba en efervescencia. Todo esto porque la entrada de una nueva figura, más comprometida cultural y políticamente, era ya una necesidad, y los personajes como Jesús Urueta, primeros en las trincheras, sirvieron como ejemplo para los jóvenes más comprometidos con un cambio. Son estos últimos los que vuelcan con una propuesta más radical, ya en plena Revolución, de renovación institucional, donde la visión incluyente del pueblo es totalmente palpable, ejemplo claro es la Universidad Popular y la editorial Cvltvra.

Sin embargo, el pequeño esbozo hasta aquí realizado de la vida y obra de Jesús Urueta sólo demuestra una complejidad que aún no está descifrada. Habrá todavía que aproximarse desde otras aristas para comprender, un poco más, el papel crucial que tuvo el chihuahuense en el desenvolvimiento ideológico y literario de la cultura mexicana.

Bibliografía consultada

- Curiel Defossé, F. (1996). *Tarda necrofilia*. México: UNAM.
- Curiel Defossé, F. 1999. *La revuelta. Interpretación del ateneo de la juventud (1906-1929)*. México: UNAM.
- Henríquez Ureña, M. (1954). *Breve historia del modernismo*. México: FCE.
- Henríquez Ureña, P. (2001). *Obra crítica*. México: FCE.
- Maltrot, M. (1931). *Jesús Urueta. Su vida-su obra*. México: Imprenta Mundial Miravalle.
- Ortiz Bullé-Goyri, A. (1999). Grecia es la moda este año en la “metrópolis comercial” [1908]. Nuevas notas en torno a la pasión teatral ateneísta. *Tema y variaciones de literatura II*. México: UAM-A.
- Pascual Gay, J. (2012). *El beso de la quimera*. México: COLSAN.
- Pascual Gay, J. (2016). El clasismo extemporáneo de Jesús Urueta (1890-1900). *Siglo Diecinueve (literatura hispánica)*, (22): 197-240. España: Universitas Castellae.
- Quintanilla, S. (2008). *Nosotros*. México: Tusquets.
- Quirarte, V. (2001). Cuerpo, fantasma y paraíso artificial. En: Rafael Olea (ed.), *Literatura mexicana del otro fin de siglo*. México: COLMEX.

- Reyes, A. (1989). En el crepúsculo modernista. *Obras completas*. México: FCE.
- Reyes, A. (1997a). *Resumen de la literatura mexicana. Obras completas*. México: FCE.
- Reyes, A. (1997b). *Pasado inmediato. Obras completas*. México: FCE.
- Sierra, J. (1948). *La educación nacional. Obras completas del maestro Justo Sierra*. VIII. México: UNAM.
- Torri, J. (1995). Carta a Pedro Henríquez Ureña, México, 4 de enero de 1917. En: Serge I. Zaitzeff (ed.), *Epistolarios*. México: UNAM.
- Urueta, J. (1901a). Discurso pronunciado en el festival artístico que organizó la *Revista Moderna* en homenaje al Duque Job, la noche del 3 de febrero de 1901. *Revista Moderna*, 4 (4): 58-59. México.
- Urueta, J. (1901b). Arenga a la juventud. *Revista Moderna*, IV (5): 74-76. México.
- Urueta, J. (1893). Hostia. A José Juan Tablada. *El País*, I (18): 1. México.
- Urueta, M. (1964). *La historia de un gran desamor*. México: Stylo.
- Valenzuela, J.E. (2001). *Mis recuerdos. Manoj de rimas*. México: CNCA.
- Varios (2000). *Conferencias del Ateneo de la Juventud*. México: UNAM.
- Zaid, Gabriel (1997). *Tres poetas católicos*. México: Océano.

Recepción: Septiembre 10 de 2017

Aceptación: Octubre 25 de 2017

Ernesto Sánchez Pineda

Correo electrónico: netaz16@hotmail.com

Mexicano. Doctorando en el programa de literatura de El Colegio de San Luis. Profesor por asignatura de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí. Líneas de investigación: literatura mexicana de fines del siglo XIX y principios del XX, publicaciones periódicas y la figura del intelectual.



Ek Balam, Valladolid, Yucatán. Fotografía de Lucila Gutiérrez Santana.